

Julián para lectores

MIGUEL ESCUDERO *

A finales de 1897, unos diez años antes de obtener el premio Nobel, Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) ofreció su discurso de ingreso a la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. A partir de aquel texto se publicó el libro *Los tónicos de la voluntad* (Reglas y consejos sobre investigación científica). En esas páginas hay unos párrafos sobre la admiración excesiva a la obra de los grandes iniciadores científicos. Creo que merecen una atenta lectura:

“Entre las preocupaciones más funestas de la juventud intelectual contamos la extremada admiración a la obra de los grandes talentos y la convicción de que, dada nuestra cortedad de luces, nada podemos hacer para continuarla o completarla.

”Esta devoción excesiva al genio tiene su raíz en un doble sentimiento de justicia y de modestia, harto simpático para ser vituperable, mas si se enseñorea con demasía del ánimo del novicio, aniquila toda iniciativa e incapacita en absoluto para la investigación original. Defecto por defecto, preferible es la arrogancia al apocamiento; la osadía mide sus fuerzas

y vence o es vencida, pero la modestia excesiva huye de la batalla y se condena a vergonzosa inacción.

”Cuando se abandona esa atmósfera de prestigio que se respira al leer el libro de un investigador genial, y se acude al laboratorio a confirmar los hechos donde aquél apoya sus fascinadoras concepciones, sucede a veces que nuestro culto por el ídolo disminuye tanto como crece el sentimiento de nuestra propia estima. Los grandes hombres son, a ratos, genios, a ratos, niños, y siempre incompletos. Aun concediendo que el genio, sometido al contraste de la observación, salga puro de todo error, consideremos que todo cuanto ha descubierto en un dominio dado es casi nada en parangón con lo que deja por descubrir. La Naturaleza nos brinda a todos con una riqueza inagotable, y no tenemos motivo para envidiar a los que nos precedieron ni exclamar como Alejandro ante las victorias de Filipo: ‘Mi padre no me va a dejar nada que conquistar’”.

¿Pero y si pasamos al terreno de la filosofía, podríamos decir lo mismo? Goethe dijo que había que conquistar lo que heredásemos de nuestros padres. Y

* Profesor titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Barcelona.

Marías, que el discípulo es inexplicable sin el maestro, si bien irreductible a él. Es decir, está obligado a ir más lejos. En el caso de Ortega y Marías, la filosofía es vista como no definitiva. Sólo tiene sentido manando de una vida concreta. Y considerada como asunto personal, no puede ser cualquiera, tiene que ser necesaria: la que hay que hacer en cada situación, en vista de las circunstancias. Se ofrece así a la filosofía la empresa de ver el mundo desde la persona. Siempre 'hay sitio' para todos. En el caso de Julián Marías, él mismo se encargó de repetir que estaban dados los métodos y que estaba todo por hacer.

Una intensa admiración a su obra y a su persona es bien merecida, pero si es extremada será estéril. Ya nadie más podrá conocer su presencia y figura, pero su obra está ahí. Y a partir de su lectura se está en condiciones de entrever al hombre de carne y hueso que era el autor. Ciertamente era único; sí, lo somos todos en efecto pero es improbable en grado sumo volver a encontrar un hombre de tantas cualidades como las que Marías reunía. Quien reconozca y saboree su singular talento y bondad debería ser suficientemente audaz para no instalarse ni en el apocamiento pusilánime ni en la mera repetición de sus fórmulas. Recuérdese que Ortega llamaba 'escolasticismo' a toda filosofía recibida —frente a la creada—, es decir, no repensada y absorbida, cuando lo que hay que hacer es ir de las ideas recibidas a las ideas evidentes. El propio Ortega llamaba, en el prólogo a *El collar de la paloma*, recibida a "toda filosofía que pertenece a un círculo cultural distinto y distante, en el espacio social o en el tiempo histórico, de aquellos en que es aprendida y adoptada". A propósito, Marías valoraba en cambio "la extraordinaria agudeza racional de la Escolástica, sobre todo de la del siglo XIV, que había llevado al extremo la capacidad y la fruición del raciocinio, con un virtuosismo que acaso no se encuentre en ninguna otra época".

A quienes somos conscientes de su valor para nuestras vidas y para las de los que no lo conocieron físicamente nos compete ofrecer un Marías para lectores, no un Marías amortajado para quienes ejercen de eruditos. A finales de 1990, el 'filósofo alción' publicó un libro por el que profesaba un especial cariño: *Cervantes, clave española*. En él señalaba que nada es exhaustivo, porque nada real se puede agotar; que siempre se puede hacer algo que no esté hecho, y que para ello cabe adoptar una perspectiva propia, irreductible y comunicable. Así, llegó a culminar en su momento ese libro largamente deseado y gestado, un libro que estuvo tentado de titular *Cervantes para lectores*, consciente de que los libros son para leerlos en régimen abierto.

Cervantes fue un hombre sin ningún relieve social en su tiempo, pero es un modelo en el que aprender a ser afirmativo, cordial, con muchas filias y apenas fobias. Su asimilación fomenta hacerse con una visión personal, la mente abierta y acogedora que le llevó a verlo todo "con amor, que es la única manera posible de ver, *videre*, no de *invidere*, ver con malos ojos, envidiar". La visión amorosa, el amor auténtico requiere generosidad. Julián Marías señala que la libertad y la belleza son las dos invisibles riendas que gobiernan la atención y el entusiasmo de Cervantes, a las que hay que agregar el valor y el amor. Sin esas cuatro palabras (libertad, belleza, valor, amor) no se encuentra, afirma Marías, a Cervantes y no se entiende tampoco quién fue, quién quiso ser.

El autor del *Quijote* abre la puerta de la filosofía de Marías. Su rasgo más hondo es "la sed de realidad que lo constituía", y el desear con melancolía, gravedad, amor y esperanza. Una visión, una actitud, que permite introducir la realidad como forma de posibilidad y dar paso a un pensamiento vital, "consistente en recibir la realidad y darle vueltas, no sólo en la cabeza, porque no se piensa con la cabeza, sino en la vida".

El mundo personal que Cervantes recrea literariamente es tal que se nos permite ir a vivir en él, pues nos lo deja transparente, inteligible, asimilable. Y aunque sólo se puede conocer una vida de modo fragmentario, el modo de acercarse a ella y penetrarla requiere cierta dosis de candor e ingenuidad y saber adaptar la perspectiva adecuada. Pero toda esta 'operación' se ha de hacer a conciencia. "Si llevamos a Cervantes 'dentro' pero no lo conocemos, el resultado es que lo llevamos como un quiste", y al mal llevarlo, no le sacamos el mejor provecho.

Pensando en Cervantes, maestro y precursor, Marías adoptó el lema "Por mí que no quede", en la creencia de que cada uno se forja su ventura y que es más valioso el esfuerzo que el éxito, y que por eso no necesitamos ganar para ser alguien; además "con poco me conformo, aunque deseo mucho". Cervantes padeció cautiverio en Argel durante cinco años, ante esa privación total de libertad él vive, en palabras de Marías, que "nadie puede anular la libertad personal, aunque pueda ponerle trabas e impedimentos".

Julián Marías afirma en ese libro que "lo que Cervantes 'dice', lo que 'piensa' u 'opina' deja fuera lo más importante: lo que en el Quijote hay". Por eso, cuatrocientos años después, la lectura del Quijote no deja de decirnos cosas 'vitales' y no deja de transmitir 'humanidad'.

Cervantes, escribe nuestro filósofo, no se parece en nada a los demás escritores españoles, pero no puede ser más que español. Supuso una innovación radical en España, de modo que una vez dado es imposible entender España sin él. Esta afirmación es tajante y no admite paliativos, es propia del sesudo Marías; las grandes figuras como él merecen tal crédito que nos obligan a repensar todo lo que digan, sea lo que sea, nos choque lo que nos choque, porque a lo mejor tienen una punta de razón que se nos escapa. Denuncia que la idea que usualmente se tiene de 'España' en el

ámbito intelectual es que es un error, ejemplo de posiciones arcaicas, actitudes rígidas, obstinadas, faltas de flexibilidad, crueles. Esa idea, en cambio, "no parece apta para alojar a Cervantes, para explicar su posibilidad". Marías cuenta que la tendencia a la exageración y a no mirar más allá de nuestras fronteras ha desfigurado la historia de España, un país inteligible, con errores pero también con singulares excelencias.

Por cierto que, hace más de quince años, hablando de Europa en general, Marías observaba que "se producen —ya se están produciendo— movimientos hostiles, que son crueles, muchas veces injustos, pero no inexplicables. No me extrañaría que hubiese una cadena de expulsiones —en una u otra forma, con uno u otro pretexto— en los años próximos. Es inquietante el éxito político de ciertos partidos o movimientos 'racistas' que consiguen demasiados votos para que nos sintamos tranquilos". Conviene tener presente esa previsión.

Cervantes y Marías, educadores; amistad, voluntad, entusiasmo, comprensión, desinterés, generosidad. Poco más de un año después, Julián Marías escribió un libro sobre La educación sentimental. En su empeño por dilatar e intensificar la vida de cada cual afirma: "La espontaneidad ineducada es pobre y, lo que es más, paradójicamente, poco libre, limitada por la herencia, no sólo biológica, sino sobre todo social. Entiendo la educación como cultivo e incremento de la espontaneidad".

Julián Marías hace hincapié en la educación de los adultos por la convivencia con los niños y menciona "el papel del niño como fomentador de la bondad, como estímulo del fondo mejor de las personas". De eso se trata en la vida. La verdadera amistad es un instrumento de educación mutua: los amigos se hacen juntos. Por otro lado, Marías subraya que el cine, al recordar al hombre lo más verdadero de su realidad, es el instrumento por excelencia de la educación sentimental en nuestro tiempo.

Pero en el desarrollo y afianzamiento de la libertad personal juega un papel imprescindible la expresión hablada. Una expresión que desdeñe la afectación sin caer en el agarrotamiento, que evite la tosquedad, la rudeza y la zafiedad y que persiga alcanzar la intimidad. Los sentimientos son importantes, pero el amor no es un sentimiento: es sobre todo intimidad. Y Marías se refiere a “la función amorosa de los ojos, que a veces revelan más que mil palabras”, así como a la hermosura que “debe ser apacibilidad, dulzura, suavidad de condición y trato”. Hace además una observación acerca de la tolerancia del cristianismo, cierta aunque muchos cristianos no sean tolerantes “por falta de cristianismo”; lo decisivo en él “no es la moralidad sino la santidad (que requiere cierta moralidad, o bien el arrepentimiento)”.

Ahora bien, como el propio filósofo ha escrito: “Un libro propiamente filosófico no se entiende más que en conjunto, al terminarlo, porque es cuando resulta comprensible la primera página”. Entonces, ¿en qué consiste la educación sentimental? Julián Marías contesta a su propia pregunta a partir de unos versos de Antonio Machado:

“Tengo en moneda de cobre
el oro de ayer cambiado”.

Y dice que la educación sentimental consiste en que “siempre se puede hacer la operación inversa y trocar el cobre por una resplandeciente moneda de oro”. La esperanza, pues, en mejorar y ser más. En ese sentido corre la necesidad de la filosofía, un asunto personal. Mejorar y ‘ser más’ en la verdad, confiando en la razón. En 1993, al año siguiente de escribir *La educación sentimental*, Marías publicó *Razón de la Filosofía* (dedicado “A Mari Presen de la Nuez, a quien tanto deben este libro y su autor”). Ante la evidencia de estar desorientado de raíz, se filosofa desde el momento en que se intenta. Es decir, se apetece la verdad y se confía en las posibilidades de la razón, como instrumento humano.

Todo ello sin ampulosa ni solemnidad, sino con sencillez, con la modestia y autenticidad de quien sabe quedarse a solas. Es un abrirse a la esperanza y aceptar desde luego la inseguridad de quien no sabe si tendrá éxito y de quien puede prescindir de tenerlo. Es un verse como persona responsable, con dudas, problemas, fines y deberes. Es un ir directo a afrontar preguntas radicales, con voluntad de claridad de expresión y provisto de veracidad, rigor y exigencia. Así, por ejemplo, el preguntarse: ¿qué está siendo de mí?

No cabe duda de que estos planteamientos requieren algún ocio y no estar “abrumados por las imperiosas exigencias de la vida” y “tomar cierta distancia respecto de las cosas inmediatas”, en palabras de Marías. Él ha definido al hombre como “el animal que tiene una vida humana”. Enseguida surge la cuestión del grado: ¿cuándo y por qué estamos al nivel que nos corresponde, o estamos por debajo?

La realidad radical, aquella en la que se incluyen de algún modo todas las demás, sin dejar nada excluido, es mi vida, la de cada cual. Ortega enseñó que “lo primario que hay en el Universo es ‘mi vivir’ y todo lo demás lo hay, o no lo hay, en mi vida, dentro de ella”.

Un ‘yo viviente’. Mi vida me es dada, pero no me es dada hecha, sino la tengo que hacer, es un quehacer. Y la vida humana, señala Marías, “no es cosa, ni material ni espiritual, consiste en hacer o quehacer, para intentar reabsorber la circunstancia, humanizarla, personalizarla, convertirla en mundo”. Así, yo soy un yo viviente, me encuentro viviendo. Pero todo vivir es convivir con una circunstancia. Nuestra vida es lo que hacemos dándonos cuenta de ello, es un enterarse: “Esto no es conocimiento intelectual, sino esa sorprendente presencia que su vida tiene para cada cual”. Importa, pues, recuperar la verdad de la vida. El ‘filósofo alción’ habla de la evidencia de la implicación entre verdad y vida.

La razón no es separable de la vida, sino la vida misma en su función de comprender. La tarea que nos urge es tomar posesión de las diversas realidades, tal como se le presentan a cada hombre como persona, en su vida y no fuera de ella. Esto llevaría a una visión enteramente nueva de lo real, una actitud desinteresada, en la cual se podría encontrar orientación para vivir. “Dejar que la realidad penetre en nosotros y se dibuje en nuestra mente”.

Pero nosotros nos vemos invadidos por ‘cosas’. Nuestra única defensa posible es la verdad. Considera Marías que lo que está más amenazado son las relaciones personales de todo orden: “No se cuenta con ellas”. Esto es lo que hay que cultivar, el placer viene a continuación de modo automático. Es más: “La forma suprema de la filosofía es aquella en que ésta viaja de incógnito y sin usar —o muy discretamente— su nombre y atributos”. El pensamiento occidental, explica, se ha quedado enredado en las cosas, porque no ha sabido dónde ponerlas. Si se parte de ese nivel y ese método, se ve que la filosofía no tiene un ‘objeto’ particular, sino que el asunto sobre el que versa es la realidad en cuanto tal. Justo lo contrario de lo que circula bajo el nombre de filosofía; se comprende la inquina que buen sector del mundo académico de los filósofos oficiales, pomposos y artificiales, profesa hacia el pensamiento de Marías y Ortega. Tanto da, allá ellos.

En su Razón de la Filosofía, Julián Marías ofrece un fragmento de Heráclito —seis siglos antes de Cristo y coetáneo de Confucio y acaso de Lao-Tsé— que denomina enigmático y que señala como verdadero comienzo de la filosofía: “El camino hacia arriba y el camino hacia abajo es uno y el mismo”. De esta concisa frase extrae que no solo se puede ‘esperar’ la revelación de lo latente, sino ir “desde lo patente y manifiesto hasta lo oculto y latente”. Desde la literatura también podemos ir a parar a la filosofía. Desde la experiencia de la vida podemos guardar fidelidad al

futuro y no anquilosarnos en el pasado. El tiempo pasa pero a la vez queda.

La opinión impuesta o difundida “cree que lo que ‘se dice’, si alcanza la suficiente eficacia, se superpone a lo real y lo encubre”. Para ello es preciso que no haya pensamiento o que éste ande trivializado y seco. Diagnostica Marías que lo más característico hoy en el mundo occidental es la creencia de que nada es importante. Asimismo es evidente el interés de algunos en identificar lo humano con lo zoológico y que se multipliquen los esfuerzos por hacer reingresar al hombre en la condición animal, “y se trata de él, en muchos aspectos, como un caso particular de la zoología”. Podríamos así hablar de decadencia.

La decadencia intelectual si se produce, analiza nuestro autor, “lleva consigo una decadencia de la vida misma. Es esta la que decae, la que es menos de lo que puede ser. Lo más triste es que es algo innecesario, querido por algunos, aceptado dócilmente por los demás”. En efecto, ésta es la cuestión: ‘la que es menos de lo que puede ser’, razón suficiente para salir al paso con resolución y sin docilidad.

Cervantes clave española. La educación sentimental. Razón de la filosofía. La vida perdurable y desecharla imaginándosela.

Hay una opinión de Marías que no he visto nunca comentada, es acerca de una creencia positiva social, la solidaridad. La cual, “aun en formas imperfectas, existe y puede ser la más innovadora, noble y fecunda creencia propia de nuestro tiempo, germen de una renovación del sistema credencial con que podremos entrar en el nuevo siglo”. Tanto da que se suela formular con una inapropiada razón abstracta, alejada del auténtico calor concreto, pero a fin de cuentas es: “Una creencia resueltamente positiva y que ha alcanzado vigencia por primera vez en los últimos decenios: la de que todo lo que sucede en el mundo nos afecta. La indiferencia por lo lejano ha sido sustituida por un vivo sentido de

solidaridad con todo lo humano". Y en esas estamos, maestro Marías, Julián para lectores amigos.